

El hombre que lee boca arriba

Manuel Vicent participó en el ciclo 'Bibliotecas de escritores' de la Fundación Delibes



JAVIER AGUIAR

El escritor levantino descubre en el «inenarrable desorden» de sus libros sus filias y sus fobias como escritor, lector y coleccionista

VALLADOLID. La biblioteca de Manuel Vicent (Villavieja, Castellón, 1936) es el cuarto donde duerme. Un gran anaquel hace las veces de pared medianera y otro, más estrecho, de cabecero de la cama en la que el escritor descansa y, sobre todo, lee. Cuando se acuesta y cuando se desvela a mitad de la noche. Lee rodeado de seres queridos –tratar a sus libros de objetos sería «devaluarlos»– lee escuchando música, que conecta sin perder la horizontalidad con el dedo gordo del pie, pero lee, fundamentalmente, boca arriba. Para este hombre que presume de desordenado, pero amigo de las clasificaciones, hay dos tipos de lectores: los que miran hacia abajo, para estudiar o las lecturas más sesudas u obligadas, y los que sitúan el libro sobre sus ojos, mirando al cielo, en la postura hecha para «la imaginación y la poesía». Para disfrutar o sea. Y él se confesó perteneciente a esta segunda categoría.

Vicent protagonizó anoche, entre toses y carraspeos, una entrañable sesión del ciclo 'Bibliotecas de escritores', que organiza la Fundación Delibes. Sin necesidad de que su introductor, el periodista Jesús Marchamalo, le diese pie para ello, salpicó el encuentro con el público vallisoletano de divertidas anécdotas e innumerables muestras del humor y la ironía de la que tantas veces ha dejado huella en su obra literaria y periodística.

Los estantes blancos y simétricos y la colocación de los volúmenes no transmiten la sensación de desorden. Tampoco la escasa presencia de objetos extraños o decorativos, salvo alguna figurita, un trozo del Muro de Berlín y unas pocas fotografías. El «inenarrable desorden» al que se refiere su propietario tiene que ver con la colocación de los volúmenes. Su método «infalible» para encontrar uno consiste en pasar la yema de su dedo índice acariciando los lomos hasta que lo encuentra.

En una misma balda pueden coincidir Billy Wilder, Blasco Ibáñez, Goytisolo, Bryce Echenique y Kafka. A veces unos cuantos tomos anuncian una posible armonía –Borges, Benet, Bonilla, en una; Bécquer y Baudelaire en otra– que enseguida rompen Juan Rulfo, Lezama Lima, Gómez de la Serna, González Ruano o Camba. En otro caso constata-

do por el presentador Dámaso Alonso y Balzac aparecen junto a 'La discoteca ideal', del que el conductor del acto esperaba una jugosa historia pero su propietario no pudo aclarar más que «será algo de jazz, supongo».

La joya de la corona es una colección de primeras ediciones que alcanza los «doscientos o trescientos» volúmenes, herencia de una pasión de las que «o te curas o te arruinas», que vivió hace unos veinte años y de la que 'sanó' solo comprobando cómo los precios subían de manera desproporcionada. El tesoro ocupa el cabecero y, preguntado sobre si no teme que un día se le pueda caer encima mientras duerme, aseguró sin dudar: «Sería una bonita manera de morir», aunque personalmente prefiera «caer al mar atravesado por una obra de Chillida».

En el hipotético primer desastre podrían desplomarse sobre él primeras ediciones de casi toda la Generación del 98 –más fáciles de conseguir, «Valle Inclán no vendía nada»– o la de 27 –más difícil, por que en poesía se tiraban pocos ejemplares–. También la del 'Ulises' de Joyce en Estados Unidos, de 1933, con el 'nihil obstat' de la autoridad competente tras diez años prohibido. Y una de 'La Colmena', que dio pie al capítulo fobias, porque Cela «no me gustaba», entre otras cosas porque era «un ladrón de oído» y un «listo» que ocupó un tiempo «vendiendo las falsificaciones de arte que hacía su vecino Viola». Hasta a Miró le pidió que autentificara unas de ellas, contó. En ese apartado está también Alberti que, sencillamente, «tenía mal carácter».

En la desperdigada sección de 'emotivos' están 'El Verano', de Camus –«que me descubrió el Mediterráneo como sentimiento y pulsión»– muchos volúmenes de Austral –que él mismo pedía por carta a la editorial y luego autorizaba un cura amigo de su padre– o 'Lo que puede más que el hombre', su primer libro, que le regalaron por la Primera Comunión.

De un padre muy religioso y de una gorila descarada

Manuel Vicent contó que su padre, «un hombre muy religioso», solo leía la Biblia hasta que, ya de mayor, abrió el libro por 'El cantar de los cantares' y encontró ese pasaje que describe un cuerpo femenino. «Los contornos de tus muslos son como joyas (...) Tus dos pechos, como dos cabritos, mellizos de gama». «Cerró el libro y no lo volvió a leer más». Otra anécdota, sobre una gorila que «se le insinuó» en Uganda, prefirió no haberla contado.



Manuel Vicent posa en las escaleras de la Biblioteca de Castilla y León. :: GABRIEL VILLAMIL